# 1. Las noticias

S

entía algo ardiente correr por mis venas, mi corazón galopaba brioso y libre, cual corcel en naciente libertad; mis manos temblaban ansiosas, quizá, un poco temerosas… Me sentía como la noche cuando comienza, en el alba, a oler el sol. Tanto tiempo de esperar este momento que yo no sé si era mi imaginación; pero cuando cerraba los ojos, podía percibir su olor, escuchar su risa, esa risa, manantial de agua fresca, saciadora de la sed de mi alma. ¡Sí!, había, por fin, llegado ese momento luego de tres años de espera; por fin, comenzaría a caminar ese camino y a diluir la distancia infame que nos separaba. No había querido decirle nada hasta tener todo listo para comenzar los trámites, así que estaba a punto de llamarle. Siempre nos comunicábamos por Messenger de Facebook y esa vez no fue la excepción; le dejé un mensaje diciéndole que me urgía que me hablara por video llamada. Realmente, así era; sentía que esta emoción era un globo creciendo en mi pecho. Le dejé el mensaje, pero tendría que esperar hasta que ella lo viera y tuviera las condiciones para llamarme. En lo que esperaba, me dispuse a agradecer los comentarios que la gente dejaba en mis escritos publicados en Facebook. En eso estaba cuando me entró el mensaje de ella, diciéndome si me podía marcar ya; de nuevo comenzó mi corazón como potro salvaje desbocado. Me costó un poco escribirle que sí, pues mis manos vibraban de emoción. Se abrió la ventana de video llamada y ansioso le di un clic al botón de contestar. Ahí estaba ella, con ese sol por sonrisa, mirándome con esos ojos rebosantes de amor…

—Holaaaa…

—Hola, amor, que rico escucharlo.

—Sí, mi cielo, súper rico es sentirla —Y luego de una pequeña pausa proseguí—. Le tengo una maravillosa noticia.

—Haber, cuénteme, ¿cuál es esa maravillosa noticia? —respondió Sarah sin imaginar la noticia que pronto le daría.

—Comienzo los trámites para irme con usted —dije secamente.

Un silencio sepulcral se dejó escuchar, no había respuesta del otro lado de la computadora. Sarah, con la mirada fija en mi imagen, quedó petrificada, congelada; sus ojos se tornaron dos pequeños luceros acuosos y lentamente dos bellas gotas cristalinas iniciaron el recorrido; eran dos vertientes que suavemente bajaban acariciando sus mejillas. Luego, como quien vuelve a la vida, resplandeció su hermosa sonrisa que iluminó mi corazón.

—¿Los Trámites para la visa americana? —me interrogó Sarah.

—¡Sí! —contesté emocionado.

―¡Amooooor que alegría! Qué hermosa noticia me ha dado —dijo Sarah a la vez que secaba las lágrimas de su rostro.

—Pero ¿por qué llora mi cielo? ― le interrogué.

—De felicidad amor, de saber que el día en que podamos estar juntos se acerca. ¿!Le parece poco!?

—Sí, tiene razón, es algo que hemos anhelado con vehemencia por más de tres años e inclusive con desesperación en algunos momentos —le confirmé.

—Sí, mi amor, fue tan así, que incluso hubo instantes que sentí que no podría más sin tenerlo a mi lado, sentía frustración y cólera; fueron momentos terribles —replicó Sarah—. Pero, bien, ha llegado el momento —dijo quedamente.

De improviso se escucharon unos ladridos en el lado de Sarah.

—Lo dejo mi cielo, parece que viene alguien, le escribo más tarde. Lo amo. —finalizó diciendo Sarah a la vez que cortaba la llamada sin quedar tiempo para que yo respondiera.

Sabía que la noticia era muy controvertida para Sarah; por un lado, era la alegría de estar juntos y por el otro, la agonía de pedir el divorcio al compañero con el cual había compartido 20 años. Pues, así habíamos convenido: que el día en que yo comenzara los trámites de la visa americana, Sarah comenzaría los del divorcio.

Yo sabía que era recibir esa noticia así de repente, eso había sido parte de mi vida en algún momento; era una historia que ya había vivido. Se me vinieron de golpe 24 años de matrimonio junto a alguien que jamás me llenó y que yo nunca llené. Una vida con muchos momentos de alegría, pero siempre vacía; un vacío que por un tiempo lo llenaron mis hijos, pero hoy ellos ya tenían su vida. Pero, bien, era la vida que en esa época tenía y jamás se me pasó por la mente cambiarla. Recordé ese fatídico día, lo tenía fresco como que acabara de suceder. Estaba trabajando cuando de repente me timbró el celular y vi que era mi esposa; luego de ponerme el teléfono en el oído, comencé a escuchar esas palabras con esos sollozos de fondo que me decían: ―me voy de la casa, te voy a dejar―. Fue algo que me sacudió desde las mismas entrañas del alma y marcó el final de una vida, de una vida de familia, y el comienzo de otra, de otra vida que escaparía a mi imaginación.

Me vino a la mente como hubiera sido el invierno de mi vida junto a esta persona que nunca me llenó y sentí una inmensa desolación porque no había nada que nos uniera, más que el amor por nuestros hijos, y, quizá, muchos recuerdos familiares. Luego, me imaginé la vida con Sarah y el panorama cambió totalmente. Ella me llenaba por completo. Compartíamos tanto: el inmenso interés por las letras; la manera de expresar el amor era justo lo que el otro necesitaba; teníamos sueños muy parecidos, por no decir iguales; disfrutábamos de las mismas cosas: ambos éramos sencillos en esencia, no necesitábamos grandes cosas para estar contentos. Por otro lado, casi de una forma mágica, nos conocíamos profunda y ampliamente. Cada día a pesar de la distancia, nos internábamos más uno en el otro; cada día nos fundíamos aún más. Y aunque esto a veces nos generaba alguna controversia, es decir, el hecho de conocernos demasiado, lo gracioso es que aun las desavenencias las disfrutábamos y al final nos unían aún más. De hecho, quizá, nos conocíamos mejor el uno al otro de lo que cada uno se conocía así mismo. Y no era porque nos estudiáramos demasiado, era algo natural, simplemente nos sabíamos; juntos crecíamos como personas y como escritores: teníamos una hermosa simbiosis.

Luego de hablar con Sarah, me senté un momento y comencé a recordar mi caminar con ella desde que la conocí: nuestros hermosos momentos, nuestras peleas. Sí, porque hubo peleas y buenas peleas. Se me vino a la mente aquel día cuando supuestamente habíamos terminado y yo estaba sobre el botón de bloquear. Sí, porque pensaba bloquearla y terminar toda relación con ella, como yo siempre hacía; es decir, terminar de tajo una relación, eliminar cualquier esperanza de un renacer; al menos, hasta que mi amor por ella hubiera muerto. Pero algo me detuvo, quizá, en el fondo, sabía que jamás podría encontrar una mujer como ella; simplemente, porque ella era mi compañera idónea; no porque fuera perfecta, sino porque era perfecta para mí, y supe que no podía perderla. Si los milagros existían este era el momento de verlo, tenía que hacer un intento más o todos lo que fueran necesarios para estar junto a ella; era claro, ella era el amor de mi vida. Así que me alejé de ahí y me dispuse a escribirle a Sarah un mensaje por “inbox”; y, ¡el milagro fue!, ella lo recibió tiernamente y me dijo que más tarde hablaríamos, pero que habría un bello clima, con lo cual entendí que nos reconciliaríamos, como efectivamente sucedió. Y así pasé algún tiempo, recordando… Me sumergí en un lugar que teníamos en internet, un blog donde estaban todos los escritos que habían nacido de nuestra relación; había poemas, cartas, videos, fotos…, era un lugar íntimo, solo teníamos acceso a él: ella y yo. Luego de pasar un tiempo embebido en los recuerdos, dispuse ir a la agencia que me habían recomendado para asesorarme con los trámites de adquirir la visa norte americana. Estaba ubicada en uno de los más bonitos centros comerciales de la ciudad; aunque era más cara que el promedio me sentía con confianza, pues me la habían recomendado muy bien; y, de hecho, los había sentido muy profesionales la primera vez que estuve con ellos. Esta, según me habían dicho, era la última consulta que tendría con ellos y luego solo sería de esperar.

Y así pasaron las semanas…Con Sarah nos comunicábamos a diario, serían contados los días que no nos habríamos comunicado, aunque sea, con un par de mensajes. Así que Sarah estaba siempre al corriente del proceso de mi visa y yo del proceso de divorcio de ella.

Llegó, al fin, el día en que me darían la respuesta en la embajada estadounidense; tenía la cita a las diez de la mañana. Ese día me levanté igual que siempre, a las seis a. m.; me fui al gimnasio como era la costumbre y regresé a la casa pasaditas la siete a. m.; me duché y luego me dispuse a hacer algo para desayunar. Tenía mucha hambre esa mañana, quizá, era la ansiedad. Así que no desayuné cereal con fruta, como era mi cotidiana costumbre; en lugar de eso, hice unos ricos huevos revueltos con tocino, frijoles molidos bien fritos, unas rodajas de plátanos fritos, claro la crema no podía faltar y, para acompañar, un rico café bien puro. No era muy saludable, pero era muy delicioso y tal vez me relajaba un poco. Salí de la casa aún con mucha ansiedad, mientras manejaba rumbo a la embajada americana puse música relajante, para ser más precisos, música de Yiruma. Me encanta la música de piano y en especial la de él. Me enfoqué en soñar lo que sería mi vida con Sarah; me imaginé muchos momentos juntos cocinándole un sabroso desayuno mientras ella preparaba un delicioso café, masajeándole el cuello mientras ella escribía algún poema o alguna novela, sumergiéndonos en algún lago o rio, abrazándola con fuerza y con mucha ternura cuando algo la hubiera contrariado.

De repente, me encontraba ya por entrar al parqueo de la embajada, y, luego de parquear, empecé a caminar hacia la entrada. De golpe, de nuevo la ansiedad me inundó, mis manos estaban heladas y sentí cierto temblor en ellas. De ahí, hasta el momento en que estaba parado frente a la ventanilla, de la persona que tenía mucho del rumbo de mi destino en sus manos, no recuerdo absolutamente nada. Es como si ese tiempo nunca lo hubiera vivido, y, bueno, quizá así era. Le entregué toda la documentación que había recolectado y hubo un momento de silencio mientras ella, la persona, revisaba la pantalla en el computador. De repente, sentí un viento frio que me atravesó por completo. ¿Y si me negaban la visa? «No, eso no pasará, he hecho todo lo que me recomendaron hacer, pensé para mí». Luego de un par de minutos, me miró a los ojos y me dijo: ―puede volver a aplicar después, lo siento―. Mi mirada quedó, por unos segundos, fija en los ojos de esa persona, pero de seguro, era una mirada inexpresiva, muerta; pues por esos segundos así me sentí. Un profundo suspiro salió de mi cuerpo como queriendo lanzar de un solo golpe la decepción que sentía, mi rostro expresó lo que por dentro vivía: una gran frustración. Después de agradecerle, me retiré. Mi mirada buscó ansiosa un lugar donde sentarme y al divisarlo me fui caminando lerdo hacia él, dejé caer toda mi desilusión en esa silla, y, con ella, mi trasero. Me quedé un rato pensativo, no le diría a Sarah nada, prepararía todo para irme de mojado y le daría la sorpresa; y una sonrisa nació en mi rostro, una sonrisa de esperanza. Inmediatamente me levanté y me dirigí a donde había dejado parqueado el carro. A pesar de lo decepcionante de la noticia, me sentía de nuevo con esperanzas; no me rendiría de ninguna manera hasta estar junto a Sarah. De regreso, mientras manejaba, puse música de los Creedence, me encantaba la música de ellos en momentos que necesitaba motivarme. Al llegar a la casa me dispuse hacer almuerzo, no tenía mucha hambre, así que solo hice unos panes con atún. Después de comer, me puse a hacer llamadas para conseguir los contactos necesarios para irme de mojado y averiguar todo al respecto. Me acordé de que mi amigo de siempre Israel se había ido de mojado la primera vez que fue a Estados Unidos, por lo que decidí invitarlo a un café para que me asesorara. Quedó de llegar a mi casa en un par de horas; así que, para ir avanzando, dispuse buscar información por internet, pero no fue la mejor idea. Comencé a leer cada caso: niñas y mujeres golpeadas, robadas, violadas; hombres torturados… En fin, había tantas historias y de cada una se podría hacer una novela. Y todo por el bendito sueño americano; por el deseo de poder salir adelante económicamente; buscar un lugar donde su trabajo, su esfuerzo, sea mejor valorado. Pero cómo culparlos por arriesgar su vida, si era algo inherente en el ser humano ese deseo de superación, de buscar nuevos horizontes, nuevas tierras de oportunidades; ¿acaso no lo habían hecho los mismos estadounidenses saliendo de Europa hacia a América? Pero a mí no me impulsaba solo el deseo de superación sino también, y de hecho, era mi mayor motivación; el saber sin la más mínima duda, que ahí estaba, ahí encontraría el sol de mi vida: ¡mi Sarah! De repente, escuché que abrían la puerta del jardín, me imaginé, por la hora, que era Israel y efectivamente, así era.

Israel era un amigo de mi juventud, lo conocí en la universidad y aunque éramos completamente diferentes en todo aspecto; habíamos formada una relación muy hermosa basada en el respeto, el conocimiento y la aceptación del otro. Y aunque esta relación se vio como dejada en el limbo por muchos años, quizá cerca de 25 años, mientras criamos a nuestros hijos. El primer día que nos vimos luego de ese tiempo, sentimos como que no hubieran pasado los años, como si fuera el siguiente día después de nuestro último día juntos, hace 25 años. Desde esa vez, nos habíamos seguido viendo regularmente cada semana; él llegaba a mi casa, a veces nos quedábamos ahí y otras salíamos. Luego de saludarnos, nos sentamos en el jardín; hacía un calor infernal ese día, pero a fuera, en el jardín, la brisa regalaba mucho alivio. Comenzamos a platicar, le conté de que no me habían dado la visa, que aunque podía volver a aplicar ya no quería esperar más tiempo y que había decidido irme de mojado. Lo cual al principio me objetó, más que todo por lo peligroso del viaje, y, claro, por mi edad. Pero le hice ver que me mantenía en buena condición física y aunque no era un cipote (niño), si podía hacer frente a alguna situación que me demandara esfuerzo físico; por otro lado, le dije que ya no tenía nada que perder, mis hijos ya se defendían muy bien solos; y que yo sentía que este era el último tren que me llevaría al amor de mi vida, que me reprocharía cada día de mi vida si no lo intentaba. Al final, me comprendió, me deseó lo mejor, me regaló muchos consejos que a él le sirvieron cuando se fue de mojado; claro, los tiempos habían cambiado, pero los consejos siempre eran aplicables.

Y las semanas transcurrieron… Mientras arreglaba todo lo necesario, seguía comunicándome normalmente con Sarah, aunque, sin decirle que no me habían dado la visa americana. Hasta que llegó el día de la partida. Ese día, como todos los días, me comuniqué con ella, pero ese día le insistí que quería verla, que nos comunicáramos por video llamada. Para Sarah era un poco problemático comunicarse de esa manera; pero ese día, estaba sola en casa, así que no hubo problema para hacerlo. Como casi siempre sucedía, Sarah era la que siempre llamaba y esta vez no fue la excepción.

—¡¡¡Hola, amor!!! —contesté emocionado.

A pesar de que ya teníamos más de tres años de habernos conocido, siempre me emocionaba igual cuando Sarah me llamaba, era una sensación única: la adrenalina corría por mi cuerpo, mi corazón se aceleraba impetuosamente, mi respiración se agitaba, pero todo se calmaba cuando oía la voz de ella; me llenaba de una inmensa paz, me sentía pleno y satisfecho. Y cuando la miraba, era como contemplar un hermoso paisaje, o una bella pintura, me embelesaba viéndola.

—¡¡¡Hola, mi amor!!! —me contestó Sarah igual de emocionada.

—Qué rico verla cielo —le dije, sin ocultar mi inmensa alegría.

—¿Y cuál es la urgencia? —me preguntó, ya que me conocía a la perfección e intuía que algo importante quería decirle.

—Bueno son dos cosas, la primera es que la amo.

—jajaja, ya lo sé, y gracias por eso mi amor, yo también lo amo. ¿Y la segunda?

Me quedé un rato pensativo. Al principio pensé no decirle a Sarah que me habían negado la visa y que me iría de mojado; pero no me gustaba la idea de crear mentiras en mi relación con Sarah, así que opté por decirle la verdad.

—Bueno, la segunda parte son dos noticias una es buena y la otra no tan buena. La no tan buena es que me negaron la visa. —le dije, así secamente—. El rostro de Sarah se desencajó, sus ojos se humedecieron y dos lágrimas brotaron deslizándose sutilmente por sus mejillas. Al ver esto, rápidamente, continué diciendo: —Pero la buena noticia es que hoy parto para la frontera de México y EEUU, y luego busco quien me pase.

Sarah inmediatamente iluminó su rostro con una de sus hermosas sonrisas y rápidamente secó sus lágrimas.

—¡De verdad! —dijo eufórica.

—¡Sí, mi amor! —respondí.

—¡Al fin podré abrazarlo! ¿Y a qué horas parte?

—Ya voy de camino, por decirlo así, es decir, solo termino de hablar con usted y salgo a abordar el autobús.

Y después de explicarle como tenía planificado el viaje, nos despedimos muy emotivamente. Luego de colgar, tomé mi maleta en la mano y mis ilusiones en el corazón, y marché hacia la terminal a abordar el autobús que me llevaría hasta México. Allí me reuniría con la persona que me ayudaría a pasar la frontera de México /Estados Unidos. Era una aventura osada para mi edad, pues, aunque tenía una buena condición física a muchos en mejores condiciones y mucho más jóvenes les había ido muy mal, incluso habían fallecido en el intento. ¿Pero qué más da, ya a estas alturas?, si llevaba henchido el corazón, rebosante de amor por mi potranca. Y así llegué a la terminal. No había mucha gente, el abordaje fue tranquilo; guardé el equipaje y luego me senté a esperar a que el autobús comenzara su caminar, no tuve que esperar mucho tiempo. Después de algunos minutos de espera comenzó a desplazarse, mi corazón se aceleró como queriendo acelerar el movimiento del autobús. Sabía que iba a ser un largo viaje, así que me acompañé de un cuaderno y un lápiz para poder escribir en el camino. Preferí aprovechar el tiempo para escribir, pues inspiración me sobraba, además, leer en movimiento me mareaba. Pero en lugar de eso, me sumergí en un mar de recuerdos… y como quien atrapa una pelota que viene de improviso hacia uno, así atrapé ese recuerdo; cuando Sarah me regaló los comentarios del primer capítulo de mi novela:

—Carlo, le escribo solo para disculparme con usted, por la falta de delicadeza que acabo de tener al no mencionar lo mucho que me gustó el primer capítulo de la novela que está escribiendo. Discúlpeme por no mencionarlo —escribió Sarah.

—No, tranquila —respondí.

—Anoche lo leí y me pareció muy bella —escribió Sarah.

Esas líneas habían quedado grabadas no solo en el chat, sino que también habían quedado tatuadas en mi alma. Y a partir de ese momento Sarah se convirtió en mi lectora y crítica de la novela. Le di a leer todos los capítulos que tenía hasta ese momento, y le iba dando a leer cada capítulo nuevo que iba escribiendo; tomando muy en cuenta las observaciones que ella me hacía. Es más, Sarah le llevó magia a la novela a tal grado que se convirtió en su personaje principal y la novela tomó un nuevo rumbo; un rumbo mucho más mágico y excitante. Cuando por fin la hube terminado, vino la tarea de enviarla a las editoriales; y luego de mucho leer e investigar en internet, la envié a nueve editoriales. Quería recibir las repuestas estando ya al lado de Sarah, así que envié la novela justo un día antes de partir; no importando la repuesta, quería compartir ese momento con ella. De repente sentí que el autobús paró, habíamos llegado a la frontera entre Guatemala y el Salvador. Estaba a punto de dejar mi país en un viaje que no estaba seguro si tendría retorno, no estaba seguro de volver a pisar esta tierra que me vio nacer, amar, llorar, luchar, reír, y ahora me vería partir. Nunca fui muy patriota, pues sentía que mi país en lugar de ser como una buena madre, era más bien una madre descuidada e indiferente al sufrimiento de sus hijos; ¡es difícil querer a una madre así! Pero por alguna razón, sentí una terrible nostalgia de dejar este país, y aproveché, que nos dijeron que podíamos estirar un poco las piernas, para bajarme del autobús, y sentir, por última vez en mucho tiempo o quizá realmente por última vez; la tierra de mi país bajo mis pies. Fue una sensación indescriptible ese momento cuando mis pies se posaron en el suelo, sentí fluir una energía desde él (desde el suelo) hacia mi cuerpo durante un segundo, luego la nostalgia comenzó a desaparecer, y me llegó una sensación de paz. Comencé a dar unos pasos y disfruté cada uno de ellos como jamás lo había hecho; sentí de repente un pequeño remolino de viento que me rodeó, pero para mí era mi patria quien me abrazaba regalándome un abrazo de despedida. De repente, escuché una voz que nos llamaba, era el motorista pidiéndonos que abordáramos de nuevo la unidad, y retorné hacia el autobús mientras trataba de tomar fotos, con mi mente, de mi tierra. Luego de unos minutos, el autobús comenzó a moverse y fue internándose en Guatemala. ¡Mi país había quedado atrás…!, y una nueva vida lejos de él comenzaba.